

## **Yo vi al ministro**

Tú no sabes, papá, lo que ha ocurrido aquí nomás en el parque, frente a nuestra casa, cuando estabas de viaje, y que yo he visto. Un día muchos hombres y muchas mujeres comenzaron a pasar por la pista que cruza el parque, amontonando todos a la vez sus voces, a cada rato, y disparando hacia arriba el brazo con la mano cerrada, y algunos llevaban por encima de sus cabezas unas telas más grandes que sábanas y las telas eran de colores y tenían letras y estaban pegadas a dos palos y ellos agarraban los palos. Y cada vez que amontonaban sus voces sonaba de un modo muy raro, como un canto que pareciera látigo o un látigo que cantara, y entonces la gente que paseaba por el parque se detuvo a mirar y los vecinos salieron a sus puertas y todos comenzaron a aplaudir, y por la pista seguían pasando más hombres y más mujeres y algunas llevaban de la mano a unos chicos de mi tamaño, y la gente seguía aplaudiendo. Entonces el suelo comenzó a temblar y a sonar ronco como si debajo del suelo estuvie-

ran descolgando la tierra para meterla más abajo, como un terremoto, y no era terremoto: eran tanques que venían al parque por el sitio adonde estaban caminando los hombres y las mujeres, y la tierra temblaba mucho más y sonaba muy feo, y de atrás de los tanques salieron unos soldados que habían venido escondidos y se fueron contra los hombres y las mujeres que iban delante y comenzaron a dispararles bombas que al caer botaban humo, y los hombres y las mujeres retrocedieron y los tanques se metieron, y todos los que habían estado pasando por la pista se desparramaron por los costados del parque y de nuevo mandaron hacia arriba el brazo con la mano cerrada y aventaron varias veces sus voces amontonadas, y entonces los soldados comenzaron a disparar balas y se oyeron gritos y todo el mundo corría desparramado y el parque se había llenado de un humo que hacía arder los ojos y no dejaba ver ni respirar bien, y el humo apestaba a cucaracha. Yo estaba en la vereda con mi amigo Manolo, a un costado de la casa, y hacía mucho rato que habíamos dejado de jugar, desde que los hombres y las mujeres aparecieron en el parque, y ahora estábamos retrocediendo contra la pared porque unos soldados venían hacia este lado persiguiendo a unos hombres y también porque algunos de los chicos que habían estado junto a las mujeres no sabían hacia dónde correr y lloraban y otros chicos estaban caídos y los soldados se les estaban yendo encima y ya no podía verse nada porque el humo lo había llenado todo, y entonces Manolo me dijo ¡co-

rre! y desapareció en su casa, y yo tuve miedo y oí a mamá que me decía ¡Antonio! con una voz que nunca antes le había oído, y miré y ella venía corriendo desde nuestra casa y me abrazó y me llevó y cerró la puerta y se puso a llorar y a besarme, y yo seguía oyendo que afuera seguían las bombas y las balas y los tanques y las voces... Después todo lo que sonaba se fue acabando y desde muy lejos venían voces y de vez en cuando la reventazón de una bomba hasta que ya no se oyó nada y entró en la casa la señora Edelmira, la vecina, a conversar con mamá y oí que le decía que los hombres y las mujeres que habían estado pasando por la pista del parque son maestros de los colegios y que viven muy mal porque les pagan poco, casi nada, y los tratan mal y que por eso habían dicho: señor ministro de los colegios, así no podemos seguir trabajando; el cuerpo ya no da con el hambre que tenemos y no hay tranquilidad con tanto fastidio que nos hacen usted y su gobierno y sus ayudantes; son los estudiantes los que pierden; arregle, pues, esta situación. Y que hace como tres meses que los maestros no van a los colegios y ya no tienen plata para comer y salen juntos todos los días a las calles a caminar y a dar voces y a cantar para que la gente los vea y oiga y no crea lo que andan diciendo el ministro y sus ayudantes por la radio, la televisión y los periódicos, puras mentiras, y el ministro pare y diga: bueno, vamos a conversar. Pero que el ministro sigue, y anda metido en un cuarto cerrado hablando por varios teléfonos a los soldados, que han nacido como

él sin corazón, y entonces los soldados salen de sus cuevas y se van como animales rabiosos contra los maestros y les tiran bombas de humo y los golpean con palazos y patadas y a los que agarran se los llevan a la cárcel. Pero que los maestros no se rinden. Y que el ministro anda ya con mucha cólera botando espuma por la boca como un animal envenenado porque dice que no entiende cómo es que gente que no tiene plata para comer aguante tanto y no quiera rendirse. Y doña Edelmira decía también que seguramente por eso el ministro había mandado al parque esos soldados feroces y sus tanques a dispararles para que de una vez acabe todo, y que los maestros, sin tener armas y con muertos y heridos en el ataque, no se habían rendido y tampoco se iban a rendir... Y esa noche, papá, cuando yo estaba durmiendo, entró en mis ojos el ministro de los colegios, pero no se le podía ver bien: a veces lo veía de espaldas vestido como un hombre, a veces era un animal muy oscurecido. Y otras veces no lo veía sino que sentía que estaba en un cuarto y las paredes eran blindadas y el techo blindado y la puerta estaba cerrada y era más blindada. Y entonces oí que estaba gritando que me rindiera y me di cuenta que yo era un maestro que estaba en las calles con otros maestros y que no nos rendíamos, y que entonces fueron llegando más y más maestros desde lugares muy lejanos y pudimos reunir una voz inmensa que aventamos con mucha fuerza y que llegó como un trueno contra el cuarto cerrado, y el techo y la puerta volaron en peda-

bitos y las paredes se disolvieron como azúcar, y entonces vimos, en medio del cuarto, junto a una mesa con cien teléfonos, a una cucaracha que acababa de pararse asustada, y la cucaracha no sabía qué hacer con la pistola que le colgaba de la barriga porque la voz ya había entrado convertida en un viento helado que estaba haciendo temblar al asqueroso animal.